

velará y hará centinela para precaver toda sorpresa; que despues dormirá él, y nosotros estaremos á la escucha, pues nunca sobra la precaucion. Dicho esto se tendió á la larga sobre la yerva; Don Alfonso hizo lo mismo; yo imité á los dos, y Lamela comenzó á hacernos la guardia.

El pobre Don Alfonso, en vez de dormir no hizo otra cosa que pensar en sus desgracias. Por lo que toca á Don Rafael se quedó dormido inmediatamente; pero despertó dentro de una hora, y viéndonos dispuestos á oírle, dixo á Lamela: Amigo Ambrosio, ahora puedes tú ir á reposar. No, no, respondió Lamela; ninguna gana tengo de dormir; y aunque sé ya todos los sucesos de vuestra vida, son tan instructivos para las personas de nuestra profesion, que tendré especial gusto en oírlos contar. Así pues, comenzó Don Rafael la historia de su vida en los términos siguientes.

FIN DEL LIBRO QUARTO.

AVEN-

## AVENTURAS

DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO QUINTO.

CAPITULO PRIMERO.

*Historia de Don Rafael.*

Soy hijo de una comediante de Madrid, famosa por su habilidad; pero mucho mas por sus célebres aventuras. Llamábase Lucinda. En quanto á mi padre, no puedo sin temeridad asegurar quien fuese. Podia muy bien decir quien era el hombre de distincion que cortejaba á mi madre quando yo nací, pero esta época no es prueba convincente de que yo le debiese á él mi sér. Las personas del estado de mi madre son por lo comun tan poco de fiar en este punto, que quando se muestran mas entregadas á un señor, le tienen ya prevenido un substituto por su mismo dinero.

No hay cosa como ponerse uno superior á todas las malas lenguas, sin hacer aprecio de quanto quieran decir. Mi madre, en vez de darme á criar donde ninguno me conociese, sin

v 2

mis-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



misterio alguno me cogia por la mano, y me llevaba al teatro muy honradamente, no dándosela un pito de lo mucho que se hablaba á cuenta suya, ni de las malignas risitas que excitaba solo el verme. En fin yo era todas sus delicias y la diversion de todos quantos venian á nuestra casa, los quales no se cansaban de hacerme mil cariños y finezas. No parecía sino que hablaba en todos ellos la sangre.

Dexáronme pasar los doce primeros años de mi vida en toda especie de frívolos pasatiempos. Apenas me enseñaron á leer y escribir, y mucho menos los principios de nuestra Religion. Solamente aprendí á cantar, baylar y tocar un poco la guitarra. Esto es lo único que sabía quando un cierto Marques de Leganés me pidió para acompañar á un hijo único suyo, poco mas ó menos de mi edad. Convino en ello Lucinda con mucho gusto; y entónces fue quando comencé á ocuparme en alguna cosa seria. El tal Marquesito no estaba mas adelantado que yo, y por otra parte no parecía haber nacido para las ciencias. Apenas conocia una letra del abecedario, sin embargo que habia quince meses que estaba aprendiendo á leer. Los demas maestros sacaban el mismo fruto de sus lecciones: de modo que á todos apuraba la paciencia. Es verdad que ninguno tenia licencia para castigarle; antes bien á todos les estaba mandado expresamente instruirle sin mortificarle: orden que añadida á la mala disposicion del señorito para el estudio, hacia del todo inútiles las lecciones que se le daban. Pe-

Pero al maestro de leer se le ofreció un bello medio para intimidar al discípulo sin contravenir á la orden del Marques su padre. Este medio fue azotarme á mí siempre que lo mereciese aquel. No me gustó mucho el tal arbitrio, y fui luego á quejarme á mi madre de una cosa tan injusta. Pero ella en medio de lo mucho que me amaba, tuvo valor para no hacer caso de mis lágrimas; y considerando lo decoroso y ventajoso que era para su hijo el estar en casa de un Marques, me hizo volver á ella inmediatamente: y éteme aquí otra vez en poder del preceptor. Como este habia observado que su invencion no habia dexado de producir algun buen efecto en el Marquesito, prosiguió aumentando la dosis de los azotes que me recetaba siempre que los merecia el señorito; y para que el castigo hiciese mas impresion en él, me maltrataba con el mayor rigor y la mayor frecuencia; pudiendo decir con toda verdad, que *si la letra con sangre entra*, ninguna letra del alfabeto aprendia el hijo del Marques que no me costase á mí muchas gotas de sangre. Echen Vnds. la cuenta de quán caro me saldrian sus rudimentos.

Ni eran solamente los azotes lo que tenia que sufrir en aquella casa. Como todos me conocian, toda la familia, y hasta los mismos mozos de mulas, me daban en cara á cada paso con mi desengañado nacimiento. Esto llegó á aburrirme tanto, que un dia me escapé, despues de haber tenido maña para robar al preceptor

to-



todo el dinero que tenía; el qual podia ser como unos ciento y cinquenta ducados. Tal fue toda la venganza que tomé de las injustas y crueles zurras con que su merced me había favorecido. Este juego de manos le supe hacer con tanto primor y con tanta sutileza, que aunque fue mi primer ensayo, dexé burladas todas las estupendas pesquisas que se hicieron dos dias para averiguar quien había sido el raterillo. Salí de Madrid, y llegué á Toledo, sin que ninguno fuese en seguimiento mio.

Entraba entonces en mis quince años. ¡Gran gusto es hallarse un hombre en aquella edad con dinero, independiente de todos, y dueño de sí mismo! Entablé presto conocimiento con dos mozuelos que me aliviaron el peso, y me ayudaron á comer mis cien ducados. Asociéme tambien con ciertos caballeros de la industria, los quales cultivaron tan felizmente mis buenas disposiciones naturales, que en poco tiempo me ví uno de los mas ricos caballeros de su orden.

Al cabo de cinco años me vino gana de viajar y de ver tierras. Dexé á mis cofrades, y queriendo dar principio á mis carabanas por Estremadura, me dirigí á Alcántara; pero ántes de entrar en el pueblo hallé una bellissima ocasion de exercitar mis talentos, y no la dexé escapar. Como caminaba á pié, y cargado con mi mochila, que no pesaba poco, me sentaba de tiempo en tiempo á descansar á la sombra de los árboles que estaban á orillas del camino. Una de estas veces me encontré con dos muchachos,

am-

ambos hijos de gente de forma, los quales estaban enredando al fresco sobre un verde prado. Saludéles con mucho cariño y cortesía, lo que me pareció no haberles desagradado, y con esto entablamos luego conversacion. El de mas edad no llegaba á quince años, y ambos eran muy inocentes. Señor caminante, me dixo el mas niño, nosotros somos hijos de dos ricos ciudadanos de Plasencia; nos vino mucha gana de ver el Reyno de Portugal, y para contentarla cada uno hurtó cien doblones á su padre. Caminamos á pié, para que nos dure mas el dinero, y podamos ver mas Provincias con él. ¿Qué le parece á Vmd.? Si yo tuviera tanta plata (les respondí) Dios sabe á donde iria á dar conmigo. Correria con él todas las quatro partes del mundo. ¡Cuerpo de Christo! ¡doscientos doblones! Es una suma que nunca se acabará. Si lo teneis á bien, hijos míos (añadí) yo os acompañaré hasta la villa de Almería á donde voy á recoger la herencia de un tio mio que murió despues de haber residido allí por espacio de veinte años. Respondiéronme los muchachos que tendrian el mayor gusto en ir en mi compañía. Con esto, despues de haber descansado un poco todos tres, marchamos juntos hácia Alcántara, donde entramos mucho antes de anochecer.

Alojámonos todos en un meson: pedimos un quarto, y nos señalaron uno donde había un armario que se cerraba con llave. Dímos orden que se dispusiese la cena, y mientras pro-

pu-



puse á mis compañeritos si gustaban que saliésemos á dar un paseo por el pueblo. Gustóles mucho la proposición; guardamos nuestros hatillos en el armario, cerrámoslos, y uno de los dos muchachos se metió la llave en la faltriquera. Salimos del meson, fuimos á visitar algunas Iglesias, y quando estábamos en la principal, fingiendo de repente que me habia ocurrido un negocio de importancia, queridos (dixe á mis camaradas) ahora me acuerdo que un amigo de Toledo me encargó dixese de su parte dos palabras á un mercader que vive cerca de esta Iglesia: esperadme aquí, que voy, y vuelvo en un momento. Diciendo esto, me aparté de ellos. Vuelvo á la posada, voyme derecho al armario, fuerzo la cerradura, registro sus mochilas, y encuentro sus doblones. ¡Pobres niños! Robéelos todos, sin dexarles siquiera uno para pagar el piso de la posada. Hecho esto salí prontamente de la villa, y tomé el camino de Mérida, sin embarazarme en lo que dirian ni harian las inocentes criaturas.

Púsome esta aventura en estado de poder caminar con mas conveniencia. Aunque tenia pocos años me reconocia capaz de gobernarme con juicio, y puedo decir que estaba bastante adelantado para aquella edad. Determiné comprar una mula, como lo hice efectivamente en el primer lugar donde la encontré. Convertí la mochila en una maleta, y comencé á figurarme persona de importancia. A la tercera jornada encontré en el camino un hombre que

iba

iba cantando víperas á gazzate tendido. Desde luego conocí que era algun sochantre; ánimo, le dixé, señor Bachiller, y vaya Vmd. adelante que lo canta maravillosamente. Caballero, me respondió, soy cantor de una Iglesia, y quiero exercitar la voz.

De esta manera entramos en conversacion, y no tardé en conocer que me hallaba con un hombre muy divertido y muy agudo. Tendria como de veinte y quatro á veinte y cinco años, y como él caminaba á pie, y yo á caballo, de propósito dexaba andar á la mula paso á paso por el gusto de oírle. Hablamos entre otras cosas de Toledo. Tengo bien conocida esa ciudad, me dixo el cantor: viví en ella muchos años, y tengo algunos amigos. ¿Y en qué calle vivia Vmd? le interrumpí yo. En la Rua nueva, respondió él. Allí estaba en compañía de Don Vicente de Buena-garra, y Don Matias del Cordel, y de otros dos ó tres honrados caballeros. Vivíamos y comíamos juntos, y lo pasábamos alegremente. Sorprendíme al oírle estas palabras, porque los sugetos que citaba eran los mismos *caballeros de industria* que en Toledo me habian recibido en su nobilísimo orden. Señor cantor (exclamé entonces) esos ilustrísimos señores son muy conocidos míos, porque vivimos juntos en la misma Rua nueva. Ya os entiendo, me respondió sonriéndose: eso es decir que entrasteis en la orden tres años despues que yo salí de Toledo. Dexé la compañía de aquellos caballeros, proseguí yo, porque me



vino la gana de viajar, y de ver mundo. Pienso dar la vuelta á toda España, y sin duda valdré mas quando tenga mas experiencia. ¡Acerutado pensamiento! dixo el cantor: para perfeccionar el ingenio y los talentos, no hay mejor escuela que la de viajar. Por la misma razon abandoné yo á Toledo, aunque nada me faltaba en aquella ciudad. Gracias á Dios que me ha dado á conocer un caballero de mi orden quando menos lo pensaba. Unámonos los dos, caminémos juntos, hagamos una liga ofensiva y defensiva contra el bolsillo del próximo, y aprovechemos todas las ocasiones que se ofrezcan de mostrar nuestra habilidad.

Díxome esto con tanta franqueza, y con tanta gracia, que desde luego acepté la proposicion. En el mismo punto ganó toda mi confianza, y yo la suya. Abrímonos recíprocamente nuestro pecho: me contó toda su historia, y yo le dixé todas mis aventuras. Confióme que venia de Portoalegre, de donde le habia hecho salir cierta maniobra desconcertada por un contratiempo, obligándole á ponerse en salvo precipitadamente baxo el traje de sopista, en que le veía. Luego que me informó de todos sus negocios determinamos dirigirnos á Mérida á tentar fortuna, y ver si podiamos dar un buen golpe de mano, y despues marchar á otra parte. Desde aquel instante se hicieron comunes nuestros bienes. Es verdad que Morales (así se llamaba mi nuevo compañero) no se hallaba en muy brillante situacion. Todo su haber consis-

tia

tia en cinco ó seis ducados, y en alguna ropa que llevaba en la mochila. Pero si yo estaba mucho mejor que él en dinero, en recompensa él estaba mucho mas adelantado que yo en el arte de engañar á los hombres. Montábamos los dos en mi mula alternativamente, y de esta manera llegamos en fin á Mérida.

Apeámonos en un meson de los arrabales, y Morales sacó luego de su mochila otro vestido, con el qual fuimos los dos á dar una vuelta á la ciudad para descubrir terreno, y ver si se nos ofrecia alguna buena ocasion de ocuparnos, y la íbamos buscando con la mayor atencion. Parecíamos los dos (diria Homero) á dos milanos, que desde lo mas alto de las nuves tienen fijos los ojos en la tierra, acechando todos los rincones por ver si descubren algunos polluelos para lanzarse sobre ellos. Estábamos en fin esperando á que la casualidad nos presentase alguna ocasion de exercitar nuestra industria, quando vimos en la calle un caballero de pelo tendido, y todo cano, que con la espada en la mano se defendia contra tres, que le iban arrinconando. Chocóme en fin infinito la desigualdad del combate; y como soy naturalmente esgrimidor, corrí con mi espada á ponerme al lado del caballero. Imitó mi exemplo Morales, y en breve tiempo pusimos en vergonzosa fuga á los tres cobardes, que tan villanamente le habian acometido.

Rindiónos el viejo un millon de gracias. Respondímosle cortesantemente que habiamos celebra-

x 2

bra-



brado infinito la dichosa casualidad que tan oportunamente nos habia proporcionado aquella ocasion de servirle, y le suplicamos nos confiase el motivo que habian tenido aquellos hombres para querer asesinarle. Señores, nos respondió, estoy muy agradecido á vuestra generosa accion, y no puedo negarme á satisfacer vuestra curiosidad. Yo me llamo Gerónimo Mojadas, soy vecino de esta villa, y vivo en ella con algunas conveniencias. Uno de los tres asesinados, de que ustedes me han librado, me pidió á mi hija por medio de otro sugeto, y porque no pudo obtener mi consentimiento, vino á vengarse de mí con espada en mano. ¿Y se podrá saber (le repliqué yo) por qué razon negó Vmd. su hija al tal caballero? Voíselá á decir á Vmd., me respondió. Tenia un hermano comerciante en esta ciudad, llamado Agustín, el qual estuvo dos meses en Calatrava alojado en casa de Juan Velez de la Membrilla, su corresponsal. Son los dos íntimos amigos; pidióle Juan Velez mi única hija Florentina para su hijo, con el fin de estrechar mas y mas la union y los intereses de las dos familias. Prometiósela mi hermano, no dudando del amor que nos tenemos los dos, que yo ratificaria su promesa. Así lo hice, porque apenas volvió Agustín á Mérida, y me propuso esta boda, quando consentí en ella, por darle gusto, y por no desayrar su palabra. Envió el retrato de Florentina á Calatrava; pero el pobre no pudo ver el fin de su negociacion porque se le llevó Dios

tres

tres semanas há. Poco antes de morir me encargó mucho que no diese mi hija á otro que al hijo de su corresponsal. Ofrecíselo, y este es el motivo por qué se la negué al caballero que acaba de acometerme, aunque era un partido muy ventajoso para mi casa. Yo soy esclavo de mi palabra: por momentos estoy esperando al hijo de Juan Velez de la Membrilla para hacerle yerno mio, aunque jamás le he visto á él, como ni tan poco á su padre. Perdónenme Vmds. si les he cansado con relacion tan prolixa, lo que no hubiera hecho á no habérmelo pedido Vmds. mismos.

Escuchéle con la mayor atencion, y suspendiéndome un poco el estraño pensamiento que de repente me ocurrió, afecté quedar del todo asombrado. Alcé los ojos al cielo, y volviéndome como transportado hácia el buen viejo, le dixé en tono patético, ¿es posible, señor Gerónimo Mojadas, que al mismo entrar yo en Mérida haya tenido la fortuna de salvar la vida á mi venerado suegro! Estas palabras causaron en el tal viejo una grande admiracion. No fue menor la que produxeron en Morales, el qual, en el modo de mirarme, me dió á entender que yo le parecia un grandísimo bribon. ¿Qué es lo que me dices? respondió lleno de gozo el aturdido viejo; Es posible que tú eres el hijo del corresponsal de mi hermano? Sí, señor, le respondí; y para mayor abundamiento le eché con decoro los brazos al cuello; y abrazándole estrechamente proseguí diciéndole: sí, señor, yo soy



soy aquel hombre afortunado para quien está destinada la señora Florentina, la amable, la incomparable Florentina. Pero ántes de manifestaros el gozo que me causa el honor de entrar en vuestra honradísima familia, dadme licencia para desahogar un poco el dolor que me excita la dulce memoria del señor Agustín, vuestro dignísimo hermano: sería yo el hombre mas ingrato del mundo si no llorase amargamente la muerte de aquel á quien siempre me confesaré deudor de la mayor felicidad de mi vida. Al decir estas palabras volví á dar un abrazo al buen Gerónimo, saqué el pañuelo blanco, y le puse por los ojos como para enjugarme las lágrimas. Morales, que desde luego conoció lo mucho que nos podia valer aquel embuste, quiso tambien ayudarle por su parte. Hízose criado mio, y comenzó á empujarme el sentimiento que yo habia mostrado por la muerte del señor Agustín, diciendo en tono ponderativo y lastimero; ¡ Ah, señor Gerónimo! ¡ y qué pérdida ha hecho Vmd. perdiendo á su querido hermano! Era un hombre muy de bien, el fenix de los comerciantes; un mercader desinteresado, un mercader de buena fé, un mercader de aquellos que no se ven hoy.

Tratábamos con un hombre tan sencillo como crédulo. Lejos de hacersele sospechoso nuestro enredo, él mismo nos ayudaba á llevarle adelante. Y bien, me preguntó, ¿y por qué no veniste derechamente á apearte á mi casa? ¿A qué fin irte á apearse en un meson? Entre nosotros  
ya

ya están demás los cumplimientos. Señor, respondió Morales, tomando la palabra, mi amo es algo ceremonioso. No digo esto porque no sea en cierta manera excusable en no haberse atrevido á presentarse en vuestra casa en el indecente traje en que nos veis. Robáronnos en el camino, y los ladrones se llevaron nuestros mejores vestidos. Dice la verdad este mozo, añadió yo. Ese es el motivo por qué no me fuí en derechura á vuestra casa. Avergonzábame de comparecer en tan miserable equipage ante una señorita que jamás habia visto, y para hacerlo con la decencia que era razon estaba esperando la vuelta de un criado que he despachado á Calatrava. No admito la excusa, repuso el viejo: ese accidente no debió detenerte para servirte de mi casa; y desde aquí mismo quiero que vayas á tomar posesion de ella.

Diciendo esto, él mismo me tomó por la mano para guiarme. En el camino fuimos hablando del robo, y dixé que todo ello me importaba un bledo, que solo habia sentido me llevasen el retrato de mi adorada señora Florentina. Respondióme el señor Gerónimo sonriéndose, que presto me consolaría de esta pérdida, porque el original valia mas que la copia. Con efecto, luego que llegamos á su casa hizo llamar á la hija, que solo contaba diez y seis años, y podia pasar por una señorita perfecta. Aquí teneis, me dixo, aquella persona que os prometió su tío mi difunto hermano. ¡ Ah señor! exclamé yo entónces en ayre de  
apa-